

ELIODORO PUCHE, POETA DE ENTREGUERRAS (1919-1930)

Francisco Javier Díez de Revenga

(Universidad de Murcia)

revenga@um.es

Resumen: Eliodoro Puche desarrolló entre 1919 y 1930 en su poesía una etapa muy original, en la que evolucionó desde su simbolismo y parnasianismo inicial hacia una poética más personal. Los poemas publicados en la revista madrileña *La Esfera* en esos años muestran la fidelidad a su mundo poético anterior con interesantes innovaciones de carácter más intimista. En este estudio se analizan, sobre la base de algunos ejemplos, la permanencia y la innovación de su poética en unos años y en unos poemas que no han sido tenidos en cuenta por la crítica precedente.

Palabras clave: Eliodoro Puche, poesía, simbolismo, parnasianismo, modernismo.

Abstract: Eliodoro Puche developed a very original phase in his poetry in the years 1919-1930, where he evolved from his initial symbolism and parnasianism to a more personal sort of poetry. The poems published in the Madrid magazine *La Esfera* in those years show his fidelity to his previous poetic world with interesting innovations of a more intimate character. In this paper, taking some examples as a base, the permanence and innovation of his poetry are analysed, in years and in poems which have not been taken into consideration by preceding critics.

Keywords: Eliodoro Puche, poetry, symbolism, parnasianism, modernism.

La asociación Amigos de la Cultura de Lorca dio a conocer en marzo de 2013, en su colección Hojas de la Quimera, el libro *Con el alma del jardín y el instante. Eliodoro Puche: los poemas de La Esfera (1919-1930)*, escrito por José Luis Molina en colaboración con Mariano Hernández, que se ocupó de la

investigación en la red y las imágenes que ilustran el libro. Molina Martínez, doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Murcia, es un investigador prestigioso y respetado, sobre todo por sus trabajos en torno a la literatura de Lorca y alguno de sus escritores más valorados, en especial José Musso Valiente y Eliodoro Puche, sobre los que ha escrito numerosas monografías. Molina, por su parte, en el volumen recién publicado, ha llevado a cabo el extenso estudio preliminar sobre la poesía de Puche, que sobrepasa las cien páginas, y ha cuidado la edición de los cuarenta y cinco poemas rescatados de las páginas de la revista ilustrada madrileña *La Esfera*, publicados entre 1919 y 1930, y hasta hoy totalmente olvidados.

Eliodoro Puche marchó muy joven a Madrid, en donde participó activamente en los movimientos posmodernistas y de vanguardia y publicó poemas y traducciones de escritores franceses en las revistas más avanzadas del momento, como *Los Quijotes*, *Grecia* y *Cervantes*, en donde coincide con Rafael Cansinos Assens, Gerardo Diego y Vicente Huidobro. Tradujo con acierto a los simbolistas franceses Baudelaire, Verlaine, Rimbaud y Mallarmé, y en 1917 publicó, en Madrid, su primera obra poética, *Libro de los elogios galantes y los crepúsculos del otoño*, al que siguieron *Corazón de la noche* (1918) y *Motivos líricos* (quizá también de 1918 o de 1919), del mismo modo aparecidos en Madrid.

Al final de la década de los años veinte, retorna a Lorca y dirige el periódico radical-socialista *El Pueblo*. En 1936 publica un nuevo libro de poesía, *Colección de poemas*, que recoge la producción de los últimos quince años. Participa durante la Guerra Civil en cargos judiciales de responsabilidad, por lo que en la posguerra fue perseguido y encarcelado durante cuatro años. Escribe entonces varios libros de poemas, pero ninguno ve la publicación en vida de su autor. Entre ellos, *Carceleras y otros poemas*, *Romances y otros versos*, *Elegías*, *Ficción poética de El marinero de amor* y *Las alas en el aire*. La última etapa de su existencia está constituida por los años en los que el poeta sufre un destierro espiritual en su pueblo, refugiado en sí mismo. En 1961, todavía en vida del poeta, un grupo de aficionados lorquinos publicó *Poemas inéditos*, selección de composiciones escritas en su última etapa poética.

Desde el principio de su actividad como poeta, Puche se vio muy influido por la poesía simbolista francesa. La fusión entre las horas del día y el propio estado de ánimo, la presencia de personajes y ambientes especialmente

sórdidos, las evocaciones entusiastas e imaginativas de sus eróticas figuras femeninas, inscriben plenamente su poesía en el estilo más próximo al simbolismo, como cantor de los espacios nocturnos, la luna, las estrellas, y el desarrollo bohemio de sus vivencias nocturnales, que culmina en el poema «Café de arrabal», en el que se puede advertir la presencia de otro de los maestros de Puche: el poeta bohemio Emilio Carrere, al crear una poesía expresionista casi caricaturesca, enriquecida por las hiperbólicas deformaciones de las figuras representadas, seres humanos decrepitos.

Poemas como «Vampiresa» o «Flor de lupanar» pueden definir bien el ideal femenino de esta poesía muy cercana a ciertos ambientes bohemios, decadentes y tabernarios. La poesía desarrollada posteriormente experimentó una curiosa evolución, con incidencia más en aspectos sociales y hasta comprometidos, sin olvidar en ningún momento las configuraciones líricas, que ahora se acercan mucho a Antonio Machado o a Juan Ramón Jiménez: paisajes entroncados con los sentimientos anímicos personales de melancolía o nostalgia, de hastío vital, recrean los ambientes preferidos: el paisaje solitario, la tarde decadente, los jardines húmedos, umbríos y solitarios, el sonidos del agua en las fuentes o las lejanas campanas, que anuncian el paso irremediable del tiempo y el imparable fluir de la vida...

En la evolución de Eliodoro Puche, hay que partir, por tanto, de esa adscripción inicial al simbolismo baudeleriano, que en España se difundió, junto al modernismo simbolista y parnasiano de Rubén Darío, al que también podemos asociar al poeta lorquino en algunas de las representaciones poemáticas de sus tres primeros libros. Pero a partir de 1919, parece haber superado su etapa más febrilmente simbolista, y busca, con sus nuevas creaciones líricas, espacios en el mundo de la vanguardia.

Comienza a elaborar imágenes más complejas, a introducirse en mundos muy agresivos y atrevidos y parece estar seducido por una cierta irracionalidad que se hace perceptible en los poemas que envía a las revistas más avanzadas de aquellos años. La relación de Puche con la vanguardia se convierte así en un capítulo de su historia literaria ya suficientemente explorado pero que sigue mereciendo reflexión, detenimiento y, sobre todo, indagación de los medios expresivos empleados y de los resultados conseguidos con esas nuevas imágenes, con esas nuevas figuraciones poéticas, que van alejando al poeta del simbolismo que tan bien había asumido en sus tres libros de 1917-1919 y que

tan brillantes resultados había obtenido, acuñando la imagen más popular y conocida del poeta, de ese poeta de la noche y de los nocturnos, de los ambientes galantes que tanto ha sido valorado. Pero la historia de la relación de Puche con la vanguardia es otra historia...

La incorporación de Eliodoro Puche al arte de vanguardia es total en torno a 1920 y hay ejemplos de esta entrega muy célebres como el poema «Silencio». Desprovisto de cualquier anécdota, carente de argumento o tema racional o humano, está compuesto, sin embargo, sobre la base de imágenes, de emociones creadas que pretenden transmitir su sentido de una manera plástica. La configuración caligramática representa con claridad la verticalidad y certeza de un gesto que lo que pretende comunicar es una sensación de quietud y de silencio, definitivamente impuesto en la imagen final del reloj con el dedo en la boca, que trata de expresar al captar el peso y la verticalidad de una plomada. El poema aparece publicado en el número de octubre de 1920 de *Cervantes* y en el número 11, de 20 de mayo de 1921 de *Vltra*. Son estas dos revistas órganos de la más agresiva vanguardia española y, en estos años iniciales, el ultraísmo domina todas estas publicaciones juveniles, tan efímeras como eternas.

Otras composiciones suyas, publicadas en las revistas de vanguardia, ofrecen perspectivas diferentes de su cultivo del ultraísmo: en «Noche», que trata uno de los temas preferidos del poeta, la noche, ofrece ahora esa representación bajo una imaginería muy distinta. Aunque sin perder del todo la presencia de los términos reales que inspiran al poeta, la fuerza e independencia de las imágenes, hacen que éstas predominen y se produzca el desequilibrio entre el mundo real y la imagen propia del ultraísmo y del creacionismo. Las imágenes se basan en impresiones aisladas de luz o de color. Las figuraciones míticas son herencia del simbolismo que Puche practicó con asiduidad a lo largo de toda su obra. El poema se publica en *Cervantes*, en octubre de 1920 y en *Vltra* en el número 13, 10 de junio de 1921.

La trascendencia de los textos recuperados de la colección de *La Esfera* reside en que permiten analizar la evolución de un poeta tan complejo como Puche, en unos años de los que apenas conocíamos composiciones poéticas suyas, ya que, desde que publicó sus tres libros más importantes (los ya citados *Libro de los elogios galantes y los crepúsculos del otoño*, *Corazón de la noche* y *Motivos líricos*) entre 1917 y 1918, solo divulgó poemas en las revistas de la vanguardia, a cuyas aventuras fue de los primeros en adscribirse. Pero también

hay que señalar que estos poemas de Puche coinciden en el tiempo literario de España con las innovadoras poesías de los más jóvenes, de la joven literatura, como se la llamó entonces, que huía del modernismo en busca de una poesía pura, que Juan Ramón Jiménez ya había acuñado firmemente a la altura de 1920. Puche, sin embargo, permanece en una poética postsimbolista que todavía conserva muchos de los hallazgos que parnasianos y simbolistas habían legado a toda la literatura europea.

Por lo tanto, estamos ante un poeta inicialmente simbolista, buen traductor de sus maestros franceses, que fue, además, ultraísta y creacionista. Pero había un hueco muy amplio entre las fechas de sus colaboraciones en las revistas avanzadas (1918-1921) y la publicación de su libro *Colección de poemas*, aparecido en Lorca en 1936. Y ese espacio de actividad literaria lo nutren, en una importante parte, los más de cincuenta poemas que pueden leerse en la colección de la revista *La Esfera*, publicación periódica de filiación modernista, eminentemente gráfica, ya que sus ilustraciones, a todo color, sobresalían por su calidad y brillantez. Casi todos los poemas que publicó en la revista Puche iban acompañados de una expresiva ilustración que trataba de captar el argumento del poema.

Y hay que destacar que esos poemas de los años veinte son un auténtico descubrimiento del poeta fiel a sí mismo, formado y crecido en el modernismo más plástico y nostálgico, más acendrado, y que ahora, abandonados los ambientes nocturnos tabernarios y las musas desgarradas y marginales de sus primeros libros, se concentra en las efusiones del paisaje y en las visiones de una naturaleza tan atractiva y atrapadora como acogedora y hospitalaria, representaciones, en todo caso, adecuadas para una revista ilustrada de información general, para la que unos poemas impregnados de la melancolía simbolista más genuina resultaban los más apropiados, porque en realidad eran los establecidos en la lírica de los años veinte en su facción más decadente. Rubén Darío, Unamuno, Antonio y Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez y Ramón María del Valle-Inclán habían hecho lo mismo en los años inmediatamente anteriores: paisajes cambiantes con las estaciones del año que van irremediabilmente hacia su final, sensaciones nostálgicas del paso del tiempo y cromatismos variados con predominios del rojo, del amarillo, del azul...

Y, en efecto, son ahora los despliegues cromáticos los que sobresalen en las representaciones que Eliodoro Puche elabora de la naturaleza, por ejemplo.

Así ocurre en el poema más antiguo de la colección, «El campo amarillento» (8-11-1919), en el que se combinan las sensaciones cromáticas para crear, con estos enérgicos alejandrinos en serventesios, una plasticidad impresionista, como haría Van Gogh en alguno de sus más célebres cuadros:

El campo amarillento sueña en la primavera
que vestirá de verde sus follajes marchitos.
El sol tiende sus rayos de oro en la pradera,
que recibe, desnuda, sus besos infinitos.

Jardines otoñales iluminados por un tibio sol impregnan el alma del poeta de lánguida tristeza, cansancio y hastío, como sucede en «Jardín otoñal» (21-2-1920), en el que comparecen elementos ya conocidos de la retórica postsimbolista, junto al jardín, la fuente, la ventana abierta y el sonido lejano de una campana... Todo para mostrar, en un poema decididamente otoñal, como reza su título, un entorno triste, melancólico, vago, tenue, sentimental, tal como evoca el último alejandrino...

Un verso con el alma del jardín y el instante,
un verso con campanas con ambiente otoñal;
un verso un poco triste, casi consonante,
melancólico, vago, tenue, sentimental.

Mientras, en el mar surgen veleros cuyo destino ignoto acentúa la desolación del poeta. En el poema «Film» (7-8-1920) «las velas de los barcos son como llamaradas», el mar es de aluminio, las nubes son blancas, y la tierra suda savias primaverales, mientras que en «Emoción del mar» (10-1-1923) el crepúsculo cierne sus alas luminosas... Pero, claro, el ánimo del poeta se ve seriamente afectado por la melancolía, como hemos adelantado: «mar, mi corazón quiere naufragar en tu hondura».

Mi corazón quisiera navegar en la nave
de oro del crepúsculo sin rumbo desconocido,
y tornar algún día, de lo desconocido,
a través del ensueño, volando como un ave.

Y están también las viejas ciudades con sus calles sinuosas en las que se oyen campanas remotas. La vieja ciudad triste que había transmitido el simbolismo de Rodenbach, la atmósfera lúgubre, mojigata y crepuscular de la vieja ciudad, es advertible en otras composiciones de esta serie, como se lee en «Véspero» (21-4-1923):

Viejas calles sinuosas
Llenas de encrucijadas
conducen a la iglesia que se eleva
en la vetusta plaza.

...Se va llenado el atrio
de gentes enlutadas.
Y siempre de la torre, lenta, cae
el lánguido tañer de la campanas.

Paisaje y alma confluyen en una genuina pereza muy de época, mientras el hastío y la desgana formalizan estampas decadentes y doloridas, en las que no está ausente la muerte evocada en romántica escena, la muerte del día a cuyo lúgubre y simbólico sepelio acude el poeta dolorido y transido de ansiedad disoluta. Es el poema «Funeral del día» (15-12-1923) el que evoca en sus tristes versos el agudo dolor del paso del tiempo y del transcurrir imparabile, hasta perecer, de la belleza del día:

¡Qué bella era
y qué joven ha muerto!
¡Parecía esta mañana
que había de ser eterna!
Diríase que se lleva
nuestra vida en un féretro.

En «Plenilunio» (29-11-1923), la luna, amada y triste, contempla las lágrimas del poeta, en su vida errante, ensimismado al admirar los bosques de estrellas blancas y las constelaciones en racimos:

Y yo cruzo ante ellas devanando
sus madejas románticas,
mientras la luna —amada triste— mira
al pobre loco que llorando canta.

Luna de plenilunio,
luna encantada
¿a qué habré yo vendido,
por tu onza de oro mi alma?

Parnasiano al fin, Eliodoro Puche acude también en otros poemas a lugares de simbólica significación: el Aranjuez del pintor Rusiñol, el parque del Retiro refugio de enamorados, el Guadarrama turquesa que enmarca el paseo del solitario, mientras que un tren con su silbido o un automóvil con su estela polvorienta comparecen en escena como concesiones inevitables a la modernidad que no pueden estar ausentes en un poema de 1926, como ocurre en «Paseo» (27-11-1926):

Un sol de estío
empapado de madrugada;
un sol fresco flotando el horizonte,
como bañado en invisibles aguas.

[...]

De vez en cuando un automóvil
estira de nosotros la distancia,
y su fuga humeante y polvorienta
va borrando su propia raya.

[...]

Al fondo —caída del cielo—,
la turquesa de Guadarrama.

Un nocturno, una barcarola, el crepúsculo del campesino, la canción del caminante, un mal sueño, el jardín solitario, el claro de luna, la fiesta de un pueblo la tarde de un domingo... ambientes decadentes en los que el alma del poeta se confunde con las sensaciones percibidas por la naturaleza tanto cromáticas como auditivas, mientras los alejandrinos siempre bien conjuntados combinan poemas con metros más breves y de raíz tradicional.

Pero el Eliodoro Puche cantor de la noche, entusiasta de sus oscuros y lúgubres espacios, iluminados por las estrellas y la luna, permanece también en estos poemas que hemos denominado de entreguerras. Un extraño soneto alejandrino, cantor de la noche en la ciudad, recoge estas tan genuinas y tan originales y propias sensaciones que Puche había prodigado desde su juventud en su poética. Es «Nocturnos ciudadanos» (6-9-1924), en el que confluyen las sombras y las luces nocturnas con las gentes que deambulan por la solitaria urbe contemporánea:

La plaza es como un lago de fondos luminoso
en el que las estrellas su oro inquieto han vertido.
Por la noche no cruza ni el ala de un sonido
que roce de sus gasas los pliegues silenciosos.

Plaza cristalizada... Puerto de nuestro viaje...
Las esquinas son proas de novios anclados.
Los ríos de la ciudad caen a ti desbordados.
¡A esa hora era la Meca de mi peregrinaje!

Bajo las sombras sucias de un viejo soportal,
alguien se duerme al borde de su vida fatal.
De pronto, tiembla y hiere el eco de un gemido.

Una vaga inquietud... El silencio después.
Y el sueño duerme en torno lo mismo que un burgués
indiferente, descansado y bien comido.

Genio y figura de un imaginativo y fecundo Eliodoro Puche tan olvidado y tan poco reconocido en la historia literaria, inmerecidamente sin duda. Esfuerzos como este nuevo libro de Eliodoro Puche, que recoge los poemas que publicó en *la Esfera*, acaso contribuyan a mitigar la irremediable indiferencia que determina el destino del poeta de Lorca.

Fue Eliodoro Puche un poeta imaginativo y brillante, cuyo más representativo signo de identidad acaso sea su evolución, paralela, como la de tantos poetas españoles del siglo XX, a los bandazos de la vida, jalonada en su caso dolorosamente por la guerra y la cárcel, pero presente, custodiada y permanente, en unos versos sinceros que han ido adaptando su sentido, su palabra poética y su significado, al paso que el tiempo ha hecho a través de la vida de este poeta generoso, de este poeta sincero, que tuvo una formación paradójica y aventurera, vinculada a la bohemia madrileña y a la vanguardia más agresiva, y que, vuelto a su tierra natal, se redujo al ámbito de lo íntimo como le ocurrió a tantos poetas de ese tiempo de España.

Pero jamás descendió en su pasión por la poesía y su entusiasmo por la creación de mundos imaginativos y evocadores de pasiones, ambientes y melancolías, de todo lo que son buena prueba los poemas que recogió *La Esfera*, que hemos glosado en estas páginas. Quizá por ello, Eliodoro Puche se ha convertido, en nuestra región, en todo un símbolo en carne y hueso de una forma de vivir la vida y de vivir la poesía singular, la que él aprendió con total entrega y plenitud en su bohemia juvenil madrileña, alegre y confiada.